

Jóvenes, mal empleados y conformistas

ANTÓN COSTAS

En ocasiones tengo la impresión de que la sociedad española es como un enfermo asintomático. Es decir, como esas personas que aparentemente están en plena forma, pero que si se hicieran un chequeo a fondo descubrirían con sorpresa que tienen algunas enfermedades importantes que, sin embargo, al no producir los síntomas habituales de la enfermedad, pasan desapercibidas y no se les pone remedio.

Uno de esos males asintomáticos es el empleo de los más jóvenes. En la medida que no produce los síntomas habituales de conflicto y malestar social que en otros casos generaría, no somos conscientes de la verdadera naturaleza e intensidad de una enfermedad que lleva el camino de cronificarse.

El problema se nos aparece en toda su gravedad cuando en vez de hablar de forma genérica del empleo de los jóvenes, descendemos a ver a qué tipo de jóvenes está afectando en mayor medida. Al hacerlo, comprobamos que el problema afecta especialmente a colectivos social y geográficamente determinados. Es decir, existen guetos de desempleo juvenil.

Es un pez que se muerde la cola. En los grupos sociales y barrios donde el número de jóvenes desempleados es ya elevado aumenta la probabilidad de que otros jóvenes no encuentren empleo. Dicho de otra forma, la red social en la que se vive es cada vez más determinante de las trayectorias laborales de los individuos que la integran. Jóvenes igual de capaces intelectualmente van a seguir trayectorias muy diferentes en función del marco social y geográfico donde transcurre su infancia y juventud. Dime con quién andas y te diré quién vas a ser.

Esta tendencia parece estar muy relacionada con la del sistema escolar al segmentarse en escuela pública y privada y con el abandono de la formación profesional. Según donde hayas nacido o vivas y a qué escuela vayas, así te irá en la vida. La movilidad social de los años sesenta y setenta está desapareciendo de forma acelerada. La meritocracia está dejando paso a la estratificación por clases sociales.

Hace unos días fui invitado por la organización juvenil Avalot a participar en una jornada sobre este tipo de problemas. Esa invitación me obligó a analizar un poco más a fondo la situación del empleo juvenil, y lo que he podido ver me ha hecho comprender que la situación es peor de lo que creía.

Como sucede en otros aspectos, en este terreno la economía española está bien, pero va mal. Cuando observamos su aspecto externo, nos aparece saludable y robusta. Desde hace casi una década su crecimiento económico es envidiable y su tasa de generación de creación de empleo muy superior a cualquier otra economía europea. La situación es aparentemente tan buena que algunos hablan del milagro económico español.

Pero si hacemos el balance desde la perspectiva de los jóvenes, el resultado cambia radicalmente. Su situación en cuanto a inserción laboral y empleo es peor hoy de lo que era hace cinco años. Parece sorprendente porque los síntomas sociales no manifiestan esa situa-

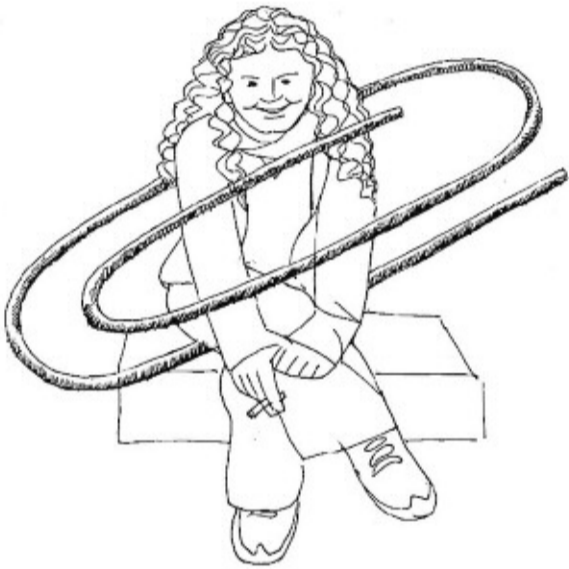
gravedad de la enfermedad del empleo juvenil. Y, en especial, para los jóvenes pertenecientes a determinados estratos sociales. El futuro de los jóvenes va por barrios.

En el terreno del empleo juvenil estamos mal, pero... vamos a peor. Para comprobarlo sólo hace falta ir a ver los datos sobre la evolución educativa de los más jóvenes. El porcentaje de jóvenes que abandonan de forma temprana el sistema escolar en España es el más elevado de Europa, y va en aumento desde el año 2000. Por otro lado, desciende el porcentaje de jóvenes de 20 a 24 años que no completan un nivel de secundaria. Ese porcentaje es mayor en la escuela pública y en determinados barrios de nuestras ciudades.

Además, la preferencia por los estudios de formación profesional, los más exitosos a la hora de buscar empleo y consolidar trayectorias laborales estables, disminuye. Lo dicho, vamos a peor.

Por eso, lo que he encontrado más sorprendente es el hecho de que a la hora de ser encuestados, la mayoría de los jóvenes que trabajan dicen encontrarse satisfechos o muy satisfechos, a pesar de las desfavorables condiciones laborales en que viven. Por tanto, tenemos jóvenes mal empleados y conformistas.

PACO MINUESA



ción, pero los datos son tercos y no admiten demasiadas interpretaciones diferentes.

Aunque la tasa de actividad de los jóvenes españoles es similar a la media europea, el paro juvenil es mucho más elevado en nuestro caso. La baja participación en el sistema productivo de los menores de 25 años es una anomalía en términos europeos. Además, el empleo de los más jóvenes es básicamente en actividades de muy baja cualificación. Para complicarlo, la mayor parte de los que están empleados tienen contratos temporales y de muy corta duración. Por tanto, están sometidos a una rotación muy elevada que les impide asentarse en una tarea y en una empresa.

Esto es determinante para la evolución futura de sus trayectorias laborales. Los datos son reveladores. Cuanto más largo sea el periodo en que una persona esté desempleada, o con contratos temporales de corta duración, menor será la probabilidad de salir de esa situación. Es decir, menor será la probabilidad para ese joven de construir una trayectoria laboral estable.

El problema es especialmente grave entre los más jóvenes (16 a 19 años) y las mujeres. Aquí es donde se concentra la

venenos mal empleados y conformistas.

Este conformismo es sorprendente. Quizá más que conformismo, esta actitud es el reflejo de la incapacidad que experimentan la mayoría de jóvenes a la hora de hacer frente al entorno en que se mueven, una incapacidad que puede llevar a la pasividad. Es un efecto parecido al que producen algunas drogas, que aun cuando son dañinas a largo plazo para los individuos, éstos no son conscientes o capaces de salir de su dependencia.

El hecho de que la economía y la sociedad española vivan un momento de euforia económica no ayuda a ver este tipo de enfermedades asintomáticas que padecemos. Por eso es más urgente ser consciente de ellas.

De la misma forma que existe un plan nacional de lucha contra las drogas, necesitamos con urgencia un plan nacional contra la enfermedad asintomática del desempleo juvenil que focalice su acción en aquellos colectivos y zonas donde en mayor medida se da esa situación. De lo contrario, esa enfermedad se volverá crónica.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la UB.

El hombre de las mil caras

VICTORIA COMBALÍA

Más que *el hombre de las mil máscaras*, como reza el título de la exposición, Picasso fue el hombre de las mil caras. Decía una cosa y al cabo del tiempo decía la contraria, y no precisamente por confusión mental, sino porque creía que el arte había de hablar por sí mismo y no quería ofrecer pautas de lectura o claves de significado excesivamente concretas. Esto sucedió con su obra más importante, el *Guernica*, pero también con la influencia del arte negro en su trabajo, un tema que ha hecho correr ríos de tinta.

Ahora el bello Museo Barbier-Mueller, que desde 1997 ha dejado en depósito a la ciudad de Barcelona una espléndida colección de 400 piezas de arte prehispánico, nos brinda una exposición en la que lo primordial es mostrarnos una excelente colección de máscaras de culturas tan distintas como la antigüedad clásica o el arte negro comparándolas a diversas obras de Picasso.

La tesis de Jean Paul Barbier-Mueller en la exposición y en el catálogo es que Picasso se dejó influir por el arte ibérico y no por el arte africano en las dos figuras de la derecha de las *Señoritas de la calle Avinyó*. Para ello se basa en el hecho de que la máscara *etumbi* que le pertenece y que Alfred Barr da como influencia directa del rostro de las *Señoritas* no llegó a manos del galerista parisiense Charles Ratton hasta 1930. Cierto, pero olvida que las influencias pueden no serlo de una máscara determinada, sino de muchas otras máscaras, puesto que las estrias en el rostro aparecen en numerosas obras del arte africano, que Picasso —y esta es la tesis sostenida por el historiador Robert Goldwater, en 1967— pudo ver con total probabilidad en el taller de Derain y en el de Matisse. Ambos, Matisse y Picasso, además de Derain y Vlaminck, coleccionaban arte africano, como revelan las fotografías de su estudio y como lo recuerda Fernand Olivier, la amante de Picasso en aquella época. Desde Gauguin, el arte primitivo había interesado a los artistas franceses citados, así como a sus homólogos alemanes, los expresionistas, como alternativa plástica al canon del arte renacentista occidental.

La influencia del arte ibero, también evidente en Picasso, se pone de manifiesto en la *Cabeza de madera*, de 1907, del pintor malagueño que aquí se muestra, con su oreja completamente pegada al rostro semejante a la de la escultura ibera que Picasso compró a Géry Piéret sin saber que la había robado del Louvre, y que también —estupendo préstamo— se muestra aquí.



Escultura de Picasso expuesta en el Museo Barbier-Mueller. / EFE

Luego, las comparaciones entre los *picassos* y las obras primitivas son ya mucho menos directas, e incluso nos acaba pareciendo el conjunto un poco cogido por los pelos, una excusa ciertamente culta y no descabellada para hacer más visible el grueso de la exposición, que no es otro que las espléndidas, magníficas máscaras de la colección Barbier-Mueller.

Más que los rostros de la antigüedad griega y romana, el espectador descubrirá la excepcionalidad o rareza de otras máscaras. Empezando por la máscara *sultepec* de ónice (de México, y de antes de nuestra era), que parece un Giacometti de los años treinta, hasta un fragmento de incensario maya de cerámica impregnado de un gran naturalismo y hasta la máscara *inuit* (de Alaska), casi minimalista, con una foca muy estilizada en su base y rematada por tres plumas, tan bonita o más que las de la colección de Robert Lebel. Muy extraña es la máscara de las *woodlands* ('tierras boscosas', 400-600 d. C.), con su poderosa nariz en arista, proveniente de Ohio y de uso desconocido. Del arte africano admiraremos la nimba de 1,35 centímetros, cuya enorme nariz curvada se contrapone a unos enormes pechos caídos; todo el conjunto salpicado de tachuelas y monedas, y parecida a la que compró Picasso en 1927 y que tal vez hubiera influido en las poderosas narices unidas a la frente de su serie sobre Marie Thérèse Walter en los años treinta. Y también las bellas máscaras de Gabón o la extraña máscara *chikwekwe* procedente de Angola que representa el pájaro calao, de afilado pico y ojos rasgados.

Entre los *picassos*, citemos el lienzo *Mujer, escultura y jarrón con flores*, enorme tela en grises de 1929 y piezas modestas de técnica pero bellísimas. Por ejemplo, los grabados *Cabeza estilizada* de 1944 (con ecos de los ángeles de Klee), la *Cabeza estilizada (caballo)* o la curiosa litografía *Cabeza o máscara* de 1949. En suma, un placer para la vista, que no hay que perderse.

Victoria Combalía es crítica de arte.